

ARTE SOCIALISTA

LA RAZÓN. LUNES 10 DE MARZO DE 2003

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Una cosa es la socialización del arte, acción cultural que incumbe a los gobiernos y a los medios de comunicación para llevar el gran arte a la vida social de los pueblos, y otra distinta el arte socialista, propio de casi todas las vanguardias posteriores a la revolución de octubre, que sustituyó la obra estética del arte expresivo de belleza, por la obra ética de la artesanía expresiva de un mundo mejor. La crítica al ilusionismo del arte tradicional de los sentidos ha conducido al nuevo ilusionismo del moderno arte mental. Tan irreal era el realismo socialista de Stalin, que en literatura produjo obras inmortales (estoy pensando en «El Don Apacible») como la abstracción comunista de las artes plásticas que legislan el mercado del diseño, la decoración y la arquitectura capitalista.

La pretensión de sustituir las plurales ideologías en imágenes del arte tradicional por las unificadoras imágenes de la ideología socialista del arte moderno, no podía realizarse sin sacrificio consciente de la estética y de la obra genial. Los grandes pintores y escultores que siguieron la llamada misionera del arquitecto Gropius a la función social del arte, realizaron sus mejores creaciones cuando rompieron con el demagógico funcionalismo de la Bauhaus de Weimar. La leyenda ha difundido la creencia de que la Bauhaus, trasladada a Dessau en 1925, fue decapitada por Goering en 1932, cuando lo que cortó en realidad era ya la cabeza de un cadáver.

El doctrinarismo de Klee («el genio es un defecto del sistema») y el rigor funcionalista de la arquitectura patrocinada por los directores de la Bauhaus (Gropius fue sustituido en 1928 por el arquitecto socialista Hannes Meyer, y éste por el favorito de Gropius, Mies van der Rohe), provocó la estampida de los talentos más independientes y menos ideologizados por el igualitarismo social de la obra de arte total.

La primera señal de alarma de que allí no se enseñaba arte, sino artesanía con nuevos materiales y nuevos métodos técnicos, la dio en 1925 la salida del profesor de cerámica, que luego sería el más famoso escultor alemán durante la guerra fría, Gerhard Marcks (autor de la bella escultura «Alberto Magno»), al que siguieron primero los pintores más idealistas (Johannes Itten, seguidor de Delaunay, y el neocubista Georg Muche) y después los artistas de mayores capacidades, como Oskar Schlemmer (director de teatro, muralista y decorador de Ballet) o el genial fotógrafo húngaro, Moholy-Nagy, que innovó la técnica del plano cinematográfico y pintó cuadros en el estilo de Malevich, ¿dando instrucciones por teléfono, sobre papel pautado, a una fábrica de pinturas!

Del mismo modo que el socialismo político tuvo que transformarse en socialdemocracia liberal para hacerse la ilusión de que aún persistía un resto de idealismo igualitario o colectivista, así también la oleada bolchevique de artesanía total que inundó la Bauhaus a partir de 1919, para revolucionar la sociedad de clases por medio de una sola clase de arte abstracto, se convirtió al final de la década de los veinte en un nueva versión del burgués «Art Nouveau» de principios de siglo, con la pretensión de igualar el arte de la arquitectura social y la decoración urbana en el mercado capitalista.

Pero con esta diferencia. Aquel primer estilo de renovación decorativa (línea de dibujo japonés y esplendor de la tapicería persa) sólo cambió en el gran arte la expresión del tema, pues las técnicas artísticas de las genialidades pictóricas (Toulouse-Lautrec, Modigliani, Kissing, Gustav Klimt o Egon Schiele, por ejemplo) continuaron la tradición de los grandes maestros. Mientras que la artesanía de objetos de arte está basada, a partir de la Bauhaus, en la ruptura total con la tradición y las inspiraciones individuales. No hay arte socialista o arte capitalista, sino arte o no arte.